

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 439

Sombras de la noche

Novela de aventuras

Interpretada por

Lawrence Gray, Louise Lorraine y el perro
' Relámpago '



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

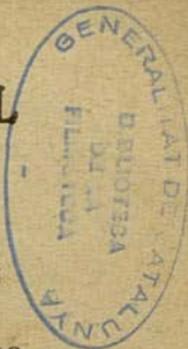
Distribuida por

Metro-Goldwyn-Mayer Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografía de
WILLIAM POWELL



Éxito sin precedentes en las
selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinemato-
gráfica de los asuntos

Cristina, la holandesa

**¡Viva Madrid,
que es mi pueblo!**

(2.^a edición)

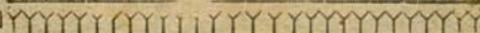
recientemente publicadas y

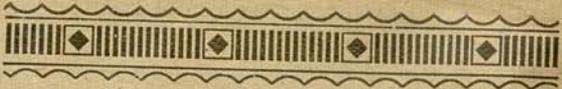
Sombras blancas

que acaba de aparecer

Precio: peseta

¡Siempre lo mejor!





Sombras de la noche

Argumento de la película

Durante la noche, cada sombra es una amenaza imprecisa para el policía que está de servicio en los barrios peligrosos de la gran ciudad.

Los malhechores campan por sus respetos en determinadas calles y los guardias se ven muchas veces impotentes para contener sus hazañas. De algún tiempo a esta parte, se había enseñoreado de un barrio de la ciudad un famoso bandido, llamado Feagan, a quien ayudaba una banda bien organizada y poderosa.

La mayoría de sus delitos habían quedado impunes y, a pesar de la vigilancia que se realizaba, Feagan se escurría siempre de las propias barbas de los agentes.

El sargento O'faerty había empeñado su palabra de honor de acabar con aquellos miserables... Y todas las noches realizaba batidas, aunque sin lograr detener al principal responsable.

Un anochecer, el sargento, en una de sus "raz-

zias", consiguió apresar a un peligroso miembro de la cuadrilla de Feagan.

Inmediatamente se apresuró a comunicarlo por teléfono a la comisaría de policía.

El jefe dió muestras de intensa satisfacción y apuntó en un papel el relato del suceso.

Luego, el comisario, mirando a un muchacho periodista que dormitaba sobre un banco en espera de alguna noticia para su periódico, le llamó a grandes gritos y le dijo:

—¡Eh, dormilón! ¡Toma una nota para tu periódico!

El reporter despezóse lentamente y exclamó:

—No se puede ni siquiera dormir. Cuando uno va a conciliar el sueño alguien empieza a tiros.

Cogió con profunda desgana el teléfono y comunicó al redactor de guardia de su diario:

—El sargento O'faerty ha detenido a otro bandido. Encárgate tú de la información. Yo tengo demasiado trabajo.

Y volvió a su puesto y a poco quedó dormido profundamente. ¡Malditas interrupciones! ¡Con lo bien que se dormía de un solo tirón!

No tardó en llegar a la delegación el periodista Jimmy Serwood, un simpático y audaz redactor del "Times", que se disponía a recoger los partes de los sucesos.

Iba acompañado de su perro "Relámpago", hermoso ejemplar de raza loba, animal inteligente y de una perspicacia que quisieran para sí muchos hombres.

Mientras Jimmy hablaba con el comisario sobre la detención efectuada por el sargento, el perro "Relámpago" acercóse al periodista dor-

milón y le arrebató tranquilamente una botella de whisky que asomaba por uno de sus bolsillos.

"Relámpago" tenía sed... Aplicó los dientes al tapón de la botella con tanta fiereza que el cristal vino a chocar contra el suelo y se hizo añicos, desparramándose el oloroso contenido.

El perro quedó contrito ante aquel accidente y el reporter soñoliento despertó, confuso y disgustado al ver perdido el whisky y descubierta ante los guardias su afición a la bebida.

Mientras el dormilón mojaba la punta de sus dedos con el alcohol derramado y los aplicaba a su boca, entró el sargento Oflaerty, llevando del brazo a un sujeto de repulsivo aspecto.

—Por fin, he cogido a un bandido de la cuadrilla de Feagan. Ahora descubriremos el misterio de la calle de Cherry.

—¡Admirable, Oflaerty!—dijo el jefe.

El sargento zarandeo al ladrón y le gritó:

—Nos vas a decir en seguida dónde se encuentra alojado tu jefe.

—Ya he dicho que no sé nada—respondió el bandido con indiferencia.

—Bien, ya encontraremos medio de refrescarte la memoria.

—Si me lleváis a la cárcel pronto tendréis que arrepentiros.

—No quiero amenazas, ¿entiendes?

El bandido quiso lanzarse contra el policía y fué preciso que intervinieran varios guardias y aun que el perro "Relámpago" les ayudara con sus dientes, para que el cómplice de Feagan fuese reducido a la impotencia y metido en el calabozo.

ya Jimmy había devorado por tres veces su ración.

—Tú llevas hambre atrasada—le dijo el fondista—. Es la tercera vez que te lleno el plato.

—Lo has adivinado, amigo... Suerte que la comida es barata.



—¡Os he dicho que no quiero seguir más esta vida!

Y miraba sonriente un letrero que estaba pegado al muro y que decía:

Guisado de ternera: 25 céntimos ración.

Ración: Toda la que pueda comer una persona.

Era fácil de adivinar el secreto del hambre de Jimmy... "Relámpago" estaba acurrucado junto a sus pies y era a quien el periodista repartía su comida.

El animal tenía buen apetito. Devoró dos raciones de carne y Jimmy le dió su propio vaso para beber.

Sentía por "Relámpago" una verdadera fascinación... Aquel noble e inteligente animal era su mejor amigo, su inseparable compañero en quien tenía un constante protector.

El policía Barnes, después de reírse de la simpatía establecida entre amo y perro, abandonó la taberna dirigiéndose al encuentro del sargento Oflaerty que rondaba por las cercanías.

Los dos agentes conversaron un rato y de pronto, Barnes exclamó:

—Creo que ya es hora de dar el parte, sargento.

—¡Es verdad!

Estaban frente al teléfono de un poste. Oflaerty llamó a la delegación y dijo:

—El sargento Oflaerty en el aparato. Todo sin novedad.

Luego se despidió del guardia Barnes diciéndole:

—¡Hasta luego, querido!

Siguió lentamente por la acera. Y Barnes, dispuesto a dar una última vuelta por la demarcación, atravesó la calle.

Los bandidos, cerca de allí, bajaron de un automóvil. Feagan dijo a Mary con inaudita violencia:

—Avanza y pide socorro... No olvides que te estoy apuntando con mi revólver.

La joven bajó la cabeza y se resignó a la fatalidad. Caminó unos pasos y viendo a lo lejos a un policía comenzó a gritar con el impulso de su alma aterrorizada:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Aquel grito en la noche sorprendió a los policías... Vieron correr desesperadamente a un mujer, y Barnes lanzóse hacia ella con el fin de prestarla el auxilio reclamado.

Feagan, oculto en la sombra, apuntó con su revólver al agente. A causa de la semipenumbra que reinaba, tomó a Barnes por el sargento y le descerrajó un tiro con tan buena puntería que el desgraciado vino a caer sin vida al suelo.

Mary, desesperada y llena de temor al escuchar el disparo, volvió de nuevo al automóvil que oculto en una esquina esperaba que subiese Feagan para emprender una huida rápida.

Jimmy y el perro habían salido del restaurante y vieron a un hombre que huía.

Creyendo que se trataba del misterioso autor del disparo, Jimmy lanzóse valientemente contra él al mismo tiempo que el perro "Relámpago" corría en su ayuda.

En la obscuridad de la calle los dos hombres lucharon brutalmente, hasta que Feagan de un formidable puñetazo logró verse libre del perodista.

Después tuvo que defenderse de la furia insistente del perro que le mostraba los dientes con impulso amenazador. Sin perder la serenidad, el bandido cogió a "Relámpago" y lo echó por encima de una alta valla que cercaba un contiguo terreno.

Libre de aquellos importunos enemigos, subió al automóvil, que emprendió veloz huida a través del laberinto de calles.

Pero "Relámpago" no era de los que se dejan vencer... Probó de saltar la empalizada sin con-

seguirlo la primera vez, pero logrando hacerlo a la segunda con un nuevo y prodigioso esfuerzo de agilidad.

Y sin atender a su amo que estaba caído en tierra sin sentido, comenzó a correr en persecución del automóvil.

La noble bestia, guiada por su finísimo instinto, consiguió pronto atrapar el coche.

Y sin que sus ocupantes le observaran, a dentelladas arrancó la placa de matrícula que llevaba el coche en su parte posterior y volvió con tan preciado trofeo al lado de su amo. Empezó a ladrar con el aullido largo y característico del animal que pide socorro.

El sargento y varios policías estaban cerca de allí rodeando el cadáver del desdichado compañero muerto.

—¡Pobre Barnes! ¡Ha recibido la bala que estaba destinada a mí!—dijo el sargento.

Sintieron los angustiosos aullidos del perro y, temiendo alguna nueva desgracia, se dirigieron junto a la empalizada.

Prestaron inmediato socorro al periodista, quien pronto volvió en sí y comunicó a los agentes su lucha con un hombre en las sombras, seguramente el vil agresor de Barnes.

A causa de la obscuridad ni Jimmy ni Feagan se habían visto mutuamente las caras.

Los policías se alejaron para dar una nueva batida por el barrio mientras Jimmy les decía:

—Yo voy a quedarme solo por aquí esta noche. Tal vez "Relámpago" descubra la pista.

—¡Ojalá!

El animal se sentó sobre sus piernas traseras y mostró a Jimmy la placa del automóvil.

—¡Tira esa porquería!—dijo Jimmy sin hacer caso de su valor.

Dirigióse a un cercano restaurante y telefoneó a su periódico.

—Si mañana no voy a la redacción, es que estoy muy ocupado en el asunto del bandido Feagan.

—¡Perfectamente! ¡Ojalá encuentre usted la pista para dar buenas informaciones a nuestro periódico!

"Relámpago" había recogido de nuevo el número de metal y aullaba otra vez al lado de su amo.

—¡Cállate!—le gritó el reporter, indignado.— ¡Ya me estás cargando!

—¿Qué está usted diciendo?—gritó el director del diario.

—Usted perdone. Estaba hablando con mi perro... y no adopté la precaución de retirarme del aparato.

Colgó el auricular y volvió a mirar al can que seguía ladrando con insistencia.

Fijóse entonces en la placa y tuvo una grave sospecha.

¿Sería el número de la matrícula del coche en que habrían podido huir los bandidos? ¡Oh, sí... sí!... "Relámpago" era muy listo y cuando él insistía de aquella manera...

Inmediatamente llamó al Registro de automóviles y dijo:

—Soy Jimmy Serwood, de la redacción del "Times". Haga el favor de darme la dirección de la matrícula 16-90-8.

Tras unos minutos de espera, le contestaron:

—Está matriculado en el café Dreamland.

—¡Muchas gracias!

Tenía ya una pista poderosa...

Y confiado en su buena suerte y en la inestimable colaboración de "Relámpago", se dispuso ir a la otra mañana al café.

* * *

Al día siguiente, al llegar Jimmy al establecimiento, le sorprendió una inesperada escena.

Vió al dueño del café echar a puntapiés de la tienda a un muchacho.

—¡Mal dependiente!—le gritaba—. Se ha acabado el que estafes a mis parroquianos. Para eso me basto yo solo.

—¡Es usted un mal hombre!

Y el dependiente empuñando un revólver quiso disparar contra el dueño de la tienda.

Mas, a una indicación de Jimmy, "Relámpago", listo como un cohete, se apoderó con sus dientes del revólver agresor, librando al dueño de una muerte segura.

—¡Bravo... muy bien!—dijo el dueño, entusiasmado—. Oye, joven, ayúdame a echar de aquí a este gandul.

Jimmy no se hizo repetir la orden y entre los dos zarandearon al dependiente apartándole a bastante distancia.

El tabernero con la culata de un revólver dió varios golpes a su enemigo y éste quedó sin conocimiento.

Satisfecho de lo bien que había acabado aquello, el dueño se disponía a entrar de nuevo en su casa cuando Jimmy, que vestía un humilde traje, le suplicó:

—¡Oiga! Déjeme trabajar en lugar de ese individuo.

Le miró de pies a cabeza con la costumbre que tenía de desconfiar de todos los hombres, y le dijo:

—¿De dónde vienes?

—Acabo de salir de una encerrona de seis meses.

El tabernero le miró ya con mayor simpatía.

—Tu perro me ha salvado el pellejo—contes-
tó—. Te estoy agradecido. Ven a trabajar.

—¡Bravo! No quedará descontento de mí.

Y entró tras él, y seguido del fiel "Relámpago", en el establecimiento, mezcla abigarrada de taberna, café y music-hall.

Una mujer ya metidita en años y carnes, llamada Sinfo, estaba ensayando una canción.

*Estoy enamorada de un chico moreno
que me trae loca...*

Lo hacía con tan poca gracia que los escasos clientes que se encontraban allí a aquella hora, bostezaban.

Jimmy, sonriente ante aquel intempestivo concierto, pasó al mostrador a secar vajilla.

"Relámpago", que rondaba desorientado por allí, no era muy respetuoso con las condiciones artísticas de cierta clase de mujeres... Y mientras la canzonetista seguía emitiendo su voz y poniendo los ojos en blanco, el perro levantó a su vez la cabeza y comenzó a aullar de modo escalofriante, como si escarneciera a la cupletista.

En un concurso musical habría habido discusión sobre quién merecía el primer premio.

Sinfo, la que estaba enamorada de un joven

moreno, paró de cantar, indignada ante el burdo imitador.

—¿De dónde ha salido ese perro?—dijo mientras los escasos concurrentes se reían.

El dueño se encogió de hombros y contestó con marcado desprecio:

—¡Cállate de una vez, cotorra averiada!

—¿Por qué me insultas?—contestó Sinfo que, en realidad, se llamaba Sinforosa—. Pareces el amo de todo. Cuando venga Feagan yo te haré que me trates con más respeto.

Jimmy se estremeció levemente... ¡Feagan! No había errado los cálculos. Era cuestión de esperar.

El dueño rechinó los dientes al oír a Sinfo, y gritó:

—¡Vas a ver cómo se calla de una vez!

Avanzó hacia ella y le dijo en voz baja:

—Si nombras a Feagan aquí, podemos ir todos a la cárcel, conque calla si aprecias en algo tu pellejo.

—¡Vete y déjame en paz!... Toque una barca-rola, maestro...

Y sin hacerle el menor caso, reanudó el concierto con el mismo éxito y facultades que la vez anterior.

El tabernero tuvo que marcharse encogiéndose de hombros... ¡Imposible luchar con aquella mujer!

Entró en el local Mary, la cómplice de Feagan... Estaba pálida, ojerosa... Se adivinaba en todo su aspecto un gran cansancio, el abatimiento que produce una lucha interior.

—¡Has llegado tarde al ensayo!—le dijo Sinfo, parando de cantar.

Entraron bruscamente en la estancia, Feagan y varios de sus cómplices.

Se sorprendieron al ver a Jimmy allí.

—¿Qué haces en este cuarto?—le dijo Feagan sin sospechar que aquel muchacho era el de la agresión de la otra noche.

—Vine a recoger un vaso... y aproveché mi visita para barrer la habitación.

—No es esta hora de hacer limpieza...

—En seguida acabo.

Prescindiendo de él, Feagan miró a Mary y le dijo:

—Vas a decirme por qué te quieres marchar de mi lado.

—¡No!

—¡Cuidado, Mary... no me desesperes porque será peor para ti!

Entretanto, dos agentes de policía secreta entraron en el establecimiento.

El dueño se volvió pálido al verlos.

—¿Has visto por aquí a Feagan?—le preguntó uno de los agentes.

—Creo que está fuera de Nueva York, ¿verdad, Percy?—le respondió, mirando a uno de los concurrentes.

—No sé, hace tiempo que no trato con él—dijo el aludido.

Otro de los cómplices desapareció por la escalera y entró en la estancia donde estaban Feagan y su gente.

—¡Cuidado! ¡Viene policía!

Feagan lanzó un grito de maldición, pero serenóse y al ver a Jimmy, que iba a salir del cuarto, le detuvo y le dijo:

—Ahora no te vas... Me vas a prestar un ser-

vicio... Esa muchacha será tu novia por un minuto. Si no la besas, te mando al otro mundo. Yo estoy vigilando junto a esa otra puerta.

Los cómplices de Feagan salieron al corredor, pero el jefe, para mayor seguridad de que nadie le viera, entró en una contigua habitación no sin



—Si no la besas, te mando al otro mundo.

antes amenazar con un revólver a Mary y a Jimmy.

Los agentes de policía acompañados del dueño subieron al primer piso y se pararon ante el camarín.

—A Feagan no le admitimos aquí—decía el tabernero—. Este es un café respetable.

Uno de los agentes abrió la puerta y encontró,

sentados en un diván, muy juntos, casi besándose, a Mary y al periodista.

—Si, ya veo que es un café digno de imponerle respeto a cualquiera—exclamó, sonriente, el policía.

Jimmy tenía miedo de descubrir en aquel instante el verdadero escondite de Feagan... Entraron en el cuarto varios cómplices del bandido, y con las manos en los bolsillos miraban a Jimmy dispuestos a matarlo si confesaba la verdad.

El joven calló, no por él, sino ante el temor de que Mary sufriera algún daño.

Con los agentes había entrado también "Relámpago" quien guiado por su maravilloso instinto, comenzó a hurgar en la puerta que daba a la habitación donde se había escondido Feagan.

La actitud del perro hizo sospechar a los agentes quienes ordenaron se abriera aquella puerta.

Lo hizo, temblando, el tabernero, y "Relámpago", como una exhalación, se lanzó contra "una mujer" que estaba fregando los suelos.

El animal reconoció en aquella "mujer" a Feagan, el hombre con el que había luchado la otra noche.

El dueño, disimulando perfectamente, dijo:

—Esta es la pobre Maggie, nuestra fregatriz, que se ha vuelto loca. Cree que el perro es su difunto marido.

—¡Ah, gracioso!

Los agentes, convencidos, se retiraron de allí. El tabernero quitó a uno de ellos un cigarro puro que llevaba en el bolsillo de la americana y se lo volvió a entregar para que fumase.

—Fume usted, amigo. Es de mi cosecha—le dijo.

Encendiólo el agente, sin darse cuenta de lo ocurrido, y dijo con desagrado al cabo de dar unas cuantas chupadas:

—¡Fumas un tabaco muy malo!

Marcharon los policías, convencidos de que Feagan no se encontraba allí aquella noche.

¡Ah, si no hubiera sido por Mary! Jimmy, con riesgo de su propia vida, habría confesado que aquella "mujer" del cuarto contiguo no era sino el formidable criminal.

Entretanto, Feagan había podido librarse del enfurecido animal y abriendo una trampa que había en el suelo echó a "Relámpago" a un tenebroso sótano.

Entró ya sin disfraz en la habitación vecina, y miró a Jimmy con ira mal reconcentrada.

Tenia celos de ese hombre; sospechaba de él... ¿Por qué se encontraba antes en el cuarto con Mary? ¿Qué hacía allí, hablando con ella?

Le miró brutalmente y le dijo:

—¿Dónde te he visto antes de ahora?

—¡No sé! Acabo de llegar de Irlanda.

—De Irlanda, ¿eh?—replicó abofeteándole brutalmente sin que Jimmy, impedido por los cómplices, pudiera defenderse—. Voy a saber quién eres más pronto de lo que tú te figuras.

Y mirando al tabernero, le ordenó:

—¡Que venga toda la cuadrilla esta noche, y no dejéis que este muchacho salga del café!

Y luego cogiendo por un brazo a Mary y obli-gándola a marchar con él, le dijo:

—Tú y ese chico vendréis conmigo esta noche. Voy a convencerme de vuestra conducta.

Mary tembló... Pero al salir sintió la sensa-

ción física de que los ojos de Jimmy la miraban infundiéndole esperanza.

* * *

Era cerca de media noche. La gente de la hampa había salido ya de sus madrigueras y estaba reunida en el café.

Mary hizo su número de baile y cantó con la misma aparente alegría de otras veces, pero con el alma contristada por una pena profunda.

En una de las vueltas del baile y al pasar ante Jimmy, le murmuró:

—Espéreme en el pasillo cuando termine este número.

El periodista aguardó impaciente a que ella acabase, y Mary no tardó en ir a su encuentro.

—¿No sabes? Feagan piensa matar al sargento Oflaerty esta noche a las doce y quiere echarte a ti la culpa de ello. He sorprendido la conversación...

—¡Miserables!... ¡Gracias, Mary, gracias! ¡Ah, si supiera dónde está "Relámpago" le mandaría a avisar a la policía!

—Tú eres un buen muchacho, Jimmy...

—Mary, tengo confianza en ti... ¡He venido a desenmascarar a esos miserables!... ¡Si estuviera aquí mi perro!...

"Relámpago" había estado realizando un trabajo de benedictino para conseguir escapar de su encierro. Abriendo un enorme boquete consiguió salir del subterráneo... Y apareció, feliz y moviendo la cola, al lado de su dueño, en el corredor.

—¡"Relámpago"!—dijeron a la vez Mary y Jimmy, acariciándole y sintiendo que sus manos:

se enlazaban amorosas sobre la fina piel de la bestia.

El periodista redactó inmediatamente una nota en estos términos:

Sargento. Feagan piensa asesinarle esta noche. Se halla ahora en el café Dreamland.

Jimmy.

Entregó el arrollado papelito a "Relámpago" quien, apretándolo entre los dientes, partió como una exhalación hacia el sitio donde acostumbraba pasear el sargento.

Dió pronto con él y puso en sus manos el mensaje.

El sargento telefoneó inmediatamente a la comisaría pidiendo que mandasen un escuadrón de policías al café Dreamland.

Y valiente y decidido encaminó sus propios pasos hacia aquel establecimiento.

Eran ya cerca de las doce, la hora convenida para el crimen.

Feagan dió orden al tabernero de que Jimmy estuviera preparado para salir juntamente con Mary.

Jimmy recibió confuso aquella orden y miró el reloj esperando que de un instante a otro llegara la policía para proceder a la captura de todos aquellos miserables.

Mary, en su camarín, paseaba nerviosamente, preguntándose si llegarían a tiempo de evitar un nuevo crimen.

El sargento no tardó en aparecer en el local causando su entrada una desagradable sensación.

Valientemente, O'faerty se encaminó hacia la mesa donde estaba Feagan y le dijo:

—¡Buenas noches, Feagan!

—¡Muy buenas, hermano O'faerty!

—Quisiera hablarle a solas.

—Puede usted hablar aquí mismo.

—¿Dónde estuvo usted la madrugada pasada?

—En cama, como está la gente decente—repuso el bandido, sin inmutarse.

—Diga la verdad, Feagan. ¿En dónde estaba?

—No me interrogue más. Soy inocente. No comprendo qué quiere de mí.

—Si no lo comprende ahora, lo comprenderá luego en la delegación.

Y en el momento en que iba a esposarle, Feagan dió un paso atrás y disparó un tiro contra el sargento, quien cayó al suelo gravemente herido.

Feagan y sus hombres pudieron escapar por una salida secreta.

Llegó en aquel instante la policía y comenzó a disparar, pero sin conseguir la detención de ninguno de ellos.

Y aunque Jimmy y "Relámpago" quisieron seguir la pista de los bandidos, éstos habían salido por misteriosa escalera... y no fué posible encontrarles.

Mary temblaba al lado de aquel nuevo amigo en quien tenía puesta toda su confianza... y un poco su corazón.

El resultado de aquella noche fué lamentable. Feagan se había fugado una vez más... y el sargento de policía estaba herido de cuidado.

* * *

Los bandidos, por pasillos secretos, habían ido a parar a una casa contigua al café donde tenían alquilado un piso a nombre de un supuesto anticuario.

—Este es el mejor escondite. La policía no sospecha que tengamos este piso y no creerá nunca que estés oculto junto al café—dijo a Feagan uno de los cómplices.

Tras largo deliberar forjaron aquellos miserables un proyecto. Simularían que había fallecido Reilly el supuesto dueño de aquel piso. Se efectuaría horas después el entierro. Dentro de la caja mortuoria, en vez del cadáver inexistente, se metería Feagan, pudiendo de este modo escapar sin peligro alguno.

—Es la única forma de huir. La policía creerá que se trata del entierro del anticuario Reilly.

A Feagan no le hizo mucha gracia el tener que salir dentro de una caja fúnebre, pero por otra parte, la policía le perseguía y hubiera sido imposible escapar.

Accedió, pues, al macabro simulacro.

A la mañana siguiente varios bandidos convenientemente disfrazados y vistiendo levita y sombrero de copa llegaron a aquella casa en una carroza funeraria.

Subieron el ataúd al segundo piso...

Unos policías que vigilaban la calle comentaron la muerte de aquel vecino. ¿Cómo iban ellos a sospechar la verdad?

Pero "Relámpago" y Jimmy, tras los acontecimientos de la noche anterior, volvían a pasear por el barrio.

Temblaron los bandidos al verle husmear alrededor de la caja y dar trágicos aullidos.

Unos policías que inocentemente presenciaban la ceremonia se extrañaron de la desesperación del animal.

—Es el perro del pobre Reilly que no quiere que nos llevemos a su amo—dijo el tabernero, convenientemente disfrazado, en su papel de enterrador.

Por fin, colocaron el féretro en el coche, que emprendió rápida marcha. Los cómplices subieron en otros autos siguiendo la carroza fúnebre.

Habiendo podido desligarse de sus ataduras, Jimmy salió a la calle y al ver alejarse al coche fúnebre y oír los feroces aullidos de "Relámpago", comprendió toda la verdad.

—¡Feagan está escondido en la caja!—gritó a los policías.

"Relámpago", deseoso de no perder tiempo, corría desesperadamente detrás de la carroza.

Jimmy y una pareja de policías subieron a un taxi persiguiendo a toda marcha al coche fúnebre.

Fué encarnizada la persecución por las calles más céntricas de Nueva York.

Pero "Relámpago" había logrado saltar al coche fúnebre y luchaba con el bandido que lo conducía.

En el transcurso de la pelea, el conductor perdió la dirección del volante, deseoso de librarse de las garras feroces del perro vengador, y el coche se estrelló contra un poste, destrozándose por completo.

Feagan apareció por entre las astillas de la

caja y quiso huir, pero "Relámpago" con sus dientes feroces se encargó de impedirlo.

Cuando llegaron Jimmy y los demás policías, el jefe de los bandidos estaba gravemente herido, a causa de los mordiscos del perro.

Pudieron detenerle sin la menor resistencia.



Su sueño de aprehender a Feagan...

La trama urdida había quedado descubierta por "Relámpago". Los bandidos perdían la partida.

Aquella misma noche fué detenido el resto de la banda de criminales.

Y Jimmy, al día siguiente pudo contar en el "Times" las hazañas de que había sido protagonista y ensalzar la personalidad del perro, el maravilloso "Relámpago", de incomparable instinto.

* * *

El sargento curó de sus heridas... Su sueño de aprehender a Feagan se había transformado en bella realidad.

Feagan confesó la verdad acerca del padre de Mary, el cual fué puesto definitivamente en libertad.

Y Mary y Jimmy, algunos meses más tarde, durante los cuales se fueron estimando y conociendo cada vez más, contrajeron matrimonio.

"Relámpago" quiso disfrutar con ellos de la luna de miel y siguió siempre su pista para defenderles de cualquier acechanza, para ser el constante vigilante de su amor.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1